



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

marzo/abril 2024

Índice n° 2/2024

2	El ABC del cristiano	<i>W. Gschwind</i>
8	Diferentes copas	<i>J-A. Monard</i>
10	Resultados de la educación de Dios	<i>Der Herr ist nahe</i>
11	Josías	<i>B. Reynolds</i>
12	El cristiano y la familia	<i>M. Billeter</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

El ABC del cristiano

(Viene de la página 7 del n° 1/2024)

La oración

Hemos señalado que el nuevo hombre, cuya existencia comienza con el nuevo nacimiento, muestra claros signos de esta vida desde el primer día, si no hay obstáculos en su desarrollo: Se regocija “en el Señor” (Filipenses 4:4) y aprovecha cualquier oportunidad para sentarse a sus pies a escuchar su Palabra.

Otro signo característico es que tiene una íntima comunión con Dios el Padre y el Hijo, en la oración. Lo explicaremos con un ejemplo.

“He aquí, él ora” (Hechos 9:11)

Saulo se había convertido hacía solo tres días. ¿Fue real su conversión? Ananías, que iba a ponerle las manos encima, lo dudó. ¿Se habría convertido realmente en cristiano el violento perseguidor de la Iglesia?

El Señor lo afirmó diciendo: “He aquí, él ora”.

¿Era la oración algo nuevo en la vida de Saulo? Como fariseo celoso, ¡seguramente ya había hecho muchas oraciones!

Pero, ¿no eran estas oraciones marcadas por la propia justicia? Lucas 18:9-14 nos muestra, con un ejemplo sorprendente, hasta dónde

este tipo de oraciones puede llegar. El fariseo se comportó como un pavo real dando una voltereta y exhibiendo el esplendor de sus plumas para que todos las vieran. Le gustaba enumerar sus propias virtudes y buenas obras según la ley. Había venido “a orar” pero ante Dios no tenía la actitud adecuada. Detalló sus buenas acciones como fruto de su propia fuerza.

Entre el Saulo de antaño y el que ahora oraba en Damasco, había una gran diferencia. En el camino a Damasco, fue derribado repentinamente. A la luz de Jesucristo, el Señor glorificado, un velo había sido quitado de sus ojos; en ese momento reconoció que toda su vida pasada era mala y pecaminosa. La condenó totalmente, ¡sin ninguna restricción! Sus motivos y propósitos anteriores parecían ahora tan abominables que no pudo comer ni beber durante tres días (Hechos 9:9). Pensando que servía a Dios, ¡había perseguido a Jesús, el Hijo de Dios, “respirando... amenazas y muerte” contra los discípulos del Señor! Nunca podría olvidarlo por el resto de su vida. Y, efectivamente, no dejaba de hablar de ello (Hechos 22:1-10; 26:9-15; 1 Corintios 15:9; Gálatas 1:13, 23; Efesios 3:8; Filipenses 3:6; 1 Timoteo 1:13).

El antiguo **Saulo**, penetrado de su propia justicia y confianza en la carne —en su fuerza moral y propia sabiduría—, celoso de Dios en el

plano religioso y legal, había sido derribado y se había convertido en **Pablo** («pequeño, insignificante»). El carácter de su vida era ahora radicalmente diferente. Lo que había destruido, ya no lo “edificaría” (Gálatas 2:18). Si, hasta entonces, la fuente de sus pensamientos y acciones había sido su fuerte y enérgica personalidad, ahora solo Cristo era la fuente y el objeto de su vida. Él mismo describe su nueva vida así: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (v. 20).

¿Cuál fue la consecuencia? A partir de ese momento, pasó a **depender** totalmente del Señor y de su gracia en todo: para comer, beber y dormir; para hacer tiendas, así como para proclamar la Palabra en privado o en las iglesias, según lo que el Señor le pidiera. El hombre nuevo depende de la gracia de Dios en Jesucristo tanto para las cosas más pequeñas como para las mayores.

Pero, ¿cómo se le concedió esta gracia a Pablo? “**He aquí, él ora**”. La oración era tan necesaria para él como la respiración para el cuerpo. A menudo se llama a la oración «el aliento del alma». Se acercó “confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16), tanto para él como para las muchas personas que llevaba en su corazón, para las iglesias y para toda la obra del Señor en la tierra.

Vale la pena examinar las numerosas referencias en sus epístolas a su relación ininterrumpida con Dios en la oración. Exhortó a todos los creyentes a ser “**constantes** en la oración” (Romanos 12:12); “**orad sin cesar**” (1 Tesalonicenses 5:17); “**perseverad** en la oración, **velando en ella** con acción de gracias” (Colosenses 4:2). Su feliz experiencia diaria le permitía hacer tales exhortaciones. Siempre se podía decir de él: “He aquí, él ora”.

Ninguno de nosotros tiene un pasado como el de Pablo. No éramos celosos de la ley. Tenemos un historial completamente diferente.

Pero también estuvimos una vez “en la carne”, incapaces de agradar a Dios (Romanos 7:5; 8:8-9). Como tales, tampoco orábamos verdaderamente; porque la carne, por muy piadosa que parezca, no es más que arrogancia y orgullo. No se somete ni quiere depender de Dios. Con “el ocuparse de la carne” (Romanos 8:6), el hombre no busca la gracia, ni se acerca al trono de la gracia con oración y súplica.

Como hombres “sensuales” (Judas v. 19), también nosotros tuvimos que ser derribados ante Dios, convertidos y nacidos de nuevo del agua y del Espíritu. Cuánto podemos agradecer a Dios cada día que ahora estamos “en Cristo” y tenemos todas las gracias y bendiciones divinas en él.

Sin embargo, debemos juzgarnos a nosotros mismos: ¿Oramos

como Pablo? ¿Cuántas veces puede decir el Señor de nosotros: “He aquí, él ora”?

Si no es el caso, ¿por qué? Ah, ciertamente porque estamos bajo la influencia mundana, y en vez de dar pleno lugar a Cristo en nuestros corazones, dejamos que la carne actúe con sus deseos, voluntad propia, confianza en ella misma y orgullo. Nuestros espíritus y corazones no están verdaderamente contritos y humillados (Salmo 51:17; Isaías 57:15; 66:2).

Si somos perezosos y superficiales en la oración, es una señal alarmante que revela un mal estado interior que no podemos pasar por alto a la ligera. Más bien confesémoslo con rectitud.

Afortunadamente, Dios, en su infinito amor de Padre, vela por cada uno de nosotros que somos sus “hijos” (Hebreos 12:4-11). Aunque todavía sepamos poco de nosotros mismos, aunque no conozcamos cuáles son las debilidades de nuestro cristianismo, o lo que nos falta en la realización práctica de nuestra perfecta salvación en Cristo; Dios lo conoce, y en su infalible sabiduría, sigue guiándonos. Puede que nos conduzca a través de una dolorosa disciplina hasta que haya logrado su objetivo para nosotros, a fin de que en nuestro estado práctico “participemos de su santidad” (v. 10), y que pueda encontrar en nuestras vidas “fruto apacible de

justicia” (v. 11). Entonces, ¡con qué alegría buscaremos su rostro!

Su corazón desea que se mantenga nuestra comunión con él. Qué alegría para él poder decir de usted y de mí: “He aquí, él ora”.

Hacer la voluntad de Dios

Ahora llegamos a un tema que es muy importante “desde el primer día” de la vida cristiana, pero que entendemos tan difícilmente: **La vida cristiana es caminar de acuerdo con la voluntad de Dios.**

Usted puede decir: ¡Todo el mundo lo sabe! ¡Pero cuidado, querido lector! Solo hemos comprendido esta verdad en la medida en que la ponemos en práctica. Por ejemplo, ayer, ¿era su preocupación desde la mañana hasta la noche «vivir según la voluntad de Dios»? —¿No es así?— Bueno, ya ve que merece la pena profundizar en esta cuestión.

Éramos “hijos de desobediencia”

Recordemos primero nuestra vida antes de la conversión.

La Escritura nos da una descripción de esto que no deja nada que desear en términos de claridad: “Estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los **hijos de desobediencia**, entre los cuales tam-

bién todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Efesios 2:1-3).

¡“Hijos de desobediencia”! Esta expresión se refiere a todos aquellos que aún no han nacido de nuevo, que todavía no están “en Cristo” y por lo tanto no son “nueva criatura” (2 Corintios 5:17).

Los “hijos de desobediencia” no son solo los asesinos, los ladrones y los criminales que han infringido las leyes humanas, sino absolutamente todos aquellos que no dejan que Dios lleve las riendas de sus vidas. Muchos de ellos tienen la reputación **ante los hombres** de ser personas decentes, incluso respetables, que condenan el mal moral grave que se extiende cada vez con más arrogancia en el mundo; cumplen concienzudamente sus deberes, ya sea en la familia o en el trabajo; incluso son serviciales, educados, amables, y no quieren ser culpables de injusticia.

Pero basándonos en el pasaje bíblico citado anteriormente, veamos más de cerca a los “hijos de desobediencia” **a la luz de Dios**.

Andan “**siguiendo la corriente de este mundo**”. Esta es la norma moral de conducta por la que viven. El “mundo” es un reino del que Satanás es el príncipe (Juan 14:30). Sus fundamentos ¡solo pueden ser malos e impíos!

Además, andan “conforme al príncipe de la potestad del aire”, que gobierna al mundo. Aquí se habla de Satanás, pues él mismo es la fuente de los principios del mundo. Mediante ellos envuelve a los hombres con influencias malignas y perversas, como el aire que respiran. Es un espíritu que actúa con poder en aquellos que desobedecen a Dios. Hay entonces una especie de comunión entre ellos y este ser maligno.

Viven en los deseos de su carne. La carne, la naturaleza corrupta que el hombre posee desde su nacimiento, es “enemistad contra Dios” (Romanos 8:7). Por ella el hombre es “hijo de desobediencia”, y a través de ella el diablo obra en él; de la carne corrupta provienen las lujurias y los malos deseos. Si estos deseos son alimentados en el alma en lugar de ser condenados, la voluntad de la carne, es decir, las pasiones y los sentimientos, se manifestará, al igual que la voluntad de los pensamientos, parte intelectual de la naturaleza corrupta. Estos dos tipos de manifestaciones de la voluntad humana se oponen a Dios.

Sí, esta es nuestra primera biografía. Nacimos en la posición de “hijos de desobediencia” y vivimos como tales. Cuanto más tardamos en nacer de nuevo, más nos impregnamos de nuestra propia voluntad, que es una abominación para Dios (1 Samuel 15:23). ¡Parecía tan normal hacer lo que **nosotros** queríamos!

Ahora nos hemos convertido en “hijos obedientes” (1 Pedro 1:14)

¿Fue a través de la educación? Oh no, sabemos que fue necesaria una obra extraordinaria, una obra de Dios. Acabamos de recordar que los designios de la carne, de la naturaleza corrupta del hombre, son enemistad contra Dios; “no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7).

Solo podemos ser librados de este terrible estado por Jesucristo, el Hijo de Dios. Él tuvo que venir a ocupar nuestro lugar en la cruz, bajo el juicio de Dios, en la muerte, luego en la tumba y también en la resurrección. Era imposible que la carne, fuente de desobediencia, fuera mejorada; **tenía que ser juzgada**; y es a través de Jesús, nuestro Salvador, que esto se logró para nosotros. El redimido sabe ahora que ha sido plantado juntamente con su Señor en la semejanza de su muerte. Su viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo de pecado sea destruido y no sirva más al pecado (Romanos 6:5-6). Por lo tanto, desde el primer día, los redimidos pueden estar seguros por la fe de que “los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24).

Pero esto es solo el lado negativo del maravilloso trabajo que se ha hecho por nosotros y en nosotros. ¿Con qué se ha sustituido nuestro antiguo estado?

El creyente ha “nacido de nuevo” (Juan 3:3, 7); “nueva criatura es” (2 Corintios 5:17, tiene una nueva naturaleza); por la fe en el Señor Jesús tiene “vida eterna” (Juan 3:36), una vida caracterizada por la obediencia; como “resucitado con Cristo” (Colosenses 3:1), ahora anda “en vida nueva” (Romanos 6:4) y se ha “vestido del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24); el poder de esta vida es el Espíritu Santo que “mora en” él y bajo cuya influencia está ahora (Romanos 8:9).

La Palabra muestra repetidamente que el estado normal del creyente es un caminar en constante obediencia a Dios. He aquí algunos ejemplos:

Pedro dice de los creyentes: Sois “**elegidos** según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, **para obedecer** y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1 Pedro 1:2). Ellos son llamados “**hijos obedientes**”, dando por sentado que sus vidas ya no se caracterizan por los “deseos que antes tenían”, como antes de su conversión (v. 14). Estamos aquí “para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, **sino conforme a la voluntad de Dios**” (4:2).

Después de los primeros capítulos de Romanos, en los cuales se describe la maravillosa salvación en

Cristo, Pablo dice en el capítulo 12, versículos 1 y 2: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, **que es vuestro culto racional**. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, **para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta**”. Del mismo modo, en las demás epístolas, el apóstol recuerda continuamente a los creyentes que deben tratar de conocer y hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, pues ésta es su nueva posición.

Obstrucción de la obediencia

Antes “hijos de desobediencia” (Efesios 2:2; 5:6; Colosenses 3:6), nos hemos convertido ahora en “hijos obedientes” (1 Pedro 1:14) por el sacrificio y la fe en Cristo, y no debemos conocer otra cosa que una vida para el Señor, según su voluntad.

Pero, ¿no tenemos a menudo algo más en el corazón que el anhelo de hacer lo que Dios quiere?

Ciertamente, y es la “carne” con sus deseos y orgullo. Todavía está en nosotros y siempre busca una nueva oportunidad para dominarnos. Pero no tiene derecho a hacerlo. No tenemos nada más que ver con ella. La consideramos como una intrusa malvada frente a quien debemos estar constantemente en

guardia. Cualquier cosa que nos sugiera, la ponemos inmediatamente en su lugar: **está crucificada** (Gálatas 5:24). Solo así podremos callarla.

¿Cuándo nos comportamos así? Cuando andamos en el Espíritu (v. 16). El Espíritu Santo que mora en nosotros es el legítimo «**dueño de la casa**», por así decirlo. Si le abrimos todas las habitaciones, las llena. De este modo, el Señor está cerca de nosotros en su amor, y obedecerle ya no es una obligación sino una necesidad. Queremos entonces hacer lo que Jesús, **nuestro Señor**, quiere.

Un incrédulo no puede obedecer a Dios; no puede estar sujeto a él. Pero el creyente nunca se siente tan feliz como cuando, con el corazón lleno del Señor, le sirve y vive según su voluntad. Entonces puede disfrutar del gozo de la comunión con él, un gozo que nada en este mundo puede superar.

Una de las primeras preguntas de Saulo el día de su conversión fue: “¿Qué haré, Señor?” (Hechos 22:10), y esta pregunta lo acompañó durante toda su vida posterior. En el día del Señor, será ricamente recompensado por ello. ¡Que se nos conceda a nosotros también!

(Continuará)

Diferentes copas

El significado figurado de la palabra copa

La copa, el recipiente del que se bebe o se da de beber, a menudo representa, en el lenguaje poético de los salmos y de los profetas, lo que se ofrece a alguien, lo que contendrá, lo que será su porción, su suerte, su compartir.

Así en el Salmo 11 leemos: “Sobre los malos hará llover calamidades; fuego, azufre y viento abrasador será la porción del cáliz (o de la copa) de ellos” (v. 6). Lo que significa: el **juicio de Dios** será la porción (o destino) de los impíos.

En otros salmos, por el contrario, encontramos una copa que trae plena satisfacción al alma: “Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa; tú sustentas mi suerte. Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado” (Salmo 16:5-6). El significado general es: el Eterno es mío, lo poseo como mi tesoro. En el Salmo 23, leemos: “Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando” (v. 5). Es decir: estoy satisfecho.

La mayoría de los pasajes que usan el sentido figurado de la palabra copa hablan del juicio de Dios

sobre los impíos (Salmo 75:8; Isaías 51:17, 22; Jeremías 25:15). Otros describen la **bendición** que es la porción de los que temen a Dios (Salmo 116:13).

Los juicios finales del Apocalipsis se presentan como las copas de la ira de Dios derramándose de manera aterradora sobre la tierra: “Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas de la ira de Dios, que vive por los siglos de los siglos” (15:7). “Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios” (16:1).

La copa que tuvo que beber el Señor Jesús

A una petición inapropiada de Santiago y Juan, el Señor respondió: “No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso (o de la copa) que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?” (Marcos 10:38). Aludía a los sufrimientos que le esperaban.

El Señor habló de la misma copa en el huerto de Getsemaní. Se prostró sobre su rostro y oró, diciendo: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39). Y esto sucedió tres veces. Jesús estaba angustiado. Tenía frente a él, muy cerca, el juicio que iba a sufrir por parte de Dios.

Llevaría sobre sí el pecado de todos aquellos a quienes había venido a salvar, y expresó su angustia ante la ira del Dios santo, que pronto sufriría en la cruz. La copa de la que hablaba no estaba llena de nuestros pecados, como a veces oímos decir. Era la copa de la **ira de Dios** contra el pecado que Jesús bebería en nuestro lugar durante las tres horas de tinieblas.

Todavía hay otra alusión a esta copa. Pocos momentos después de la escena de Getsemaní, Jesús fue apresado por sus adversarios. En su celo por proteger a su Maestro, Pedro desenvainó su espada e hirió al esclavo del sumo sacerdote. Pero Jesús le dijo a Pedro: “Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (Juan 18:11).

La copa de la Cena

Antes de ir al huerto de Getsemaní, Jesús pasó unas horas con sus discípulos en un aposento alto. Comió la pascua con ellos, les lavó los pies, les habló acerca de las circunstancias en las que se encontrarían después de su partida, les anunció la venida del Espíritu Santo que estaría siempre con ellos, y oró por ellos (Juan 13 a 17).

Fue durante este momento de intimidad que instituyó la Cena del Señor. Allí encontramos una copa en el sentido concreto de la palabra.

“Tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre” (Mateo 26:27-28). El pan y la copa de la Cena representan el cuerpo y la sangre del Señor. La sangre separada del cuerpo evoca la muerte.

El Señor invitó a sus discípulos a comer de ese pan y a beber de esa copa. Su participación en estos símbolos expresa el vínculo maravilloso que ahora existe entre él y sus redimidos. Son miembros de su cuerpo. Ellos viven de su vida.

Al recordar estas cosas a los corintios, el apóstol Pablo dijo: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan” (1 Corintios 10:16-17). La copa se llama aquí: “la **copa de bendición**”. Simboliza la bendición infinita con la que disfrutaban los redimidos de Cristo. La expresión nos acerca al sentido figurado considerado al principio.

Recordamos estas grandes cosas todos los domingos cuando nos reunimos para partir el pan. ¡Que estén cada vez más vivas en nosotros, para que nuestra alabanza salga realmente de nuestros corazones, bajo la guía del Espíritu Santo! Tenemos ante nosotros la copa de los sufrimientos de Cristo, una copa en sentido

figurado y la copa de la Cena, una copa física de la cual participamos para anunciar “la muerte del Señor” (1 Corintios 11:26). Examinemos nuestras palabras, en las acciones de gracias, para no mezclar, identificar o confundir estas dos copas completamente distintas.

J.A. Monard

Resultados de la educación de Dios

“Quieto estuvo Moab desde su juventud, y sobre su sedimento ha estado reposado, y no fue vaciado de vasija en vasija, ni nunca estuvo en cautiverio; por tanto, quedó su sabor en él, y su olor no se ha cambiado” (Jeremías 48:11).

Durante siglos, la fértil tierra de Moab, con sus muchas viñas, había disfrutado de una paz exterior. Pero los habitantes no dieron gracias a Dios por ello, sino que lo dieron por sentado. Como resultado, ciertas características del hombre natural se hicieron cada vez más evidentes en ellos: paz despreocupada, orgullo y arrogancia (véase Isaías 16:6).

Los hijos de Dios, por otro lado, debían mostrar cada vez menos el viejo “sabor” y “olor”, es decir las

opiniones y formas de pensar, los hábitos y el comportamiento del hombre natural. Pero estas cosas a menudo todavía se aferran a los creyentes.

Un buen vino debe ser separado de las levaduras que se asientan varias veces durante el proceso de envejecimiento. En el caso de los hijos de Dios, se lleva a cabo un «proceso de aclaración» similar: lo que queda en sus vidas de antes debe ser eliminado bajo la educación del Padre. Este es a menudo un proceso doloroso; pero el Padre actúa por amor y con perfecta sabiduría, y todo debe ser para nuestro beneficio y bendición (Hebreos 12:10-11).

Así como la buena elaboración del vino sirve para hacer que el mismo tenga un buen sabor y sea digerible, también la educación de Dios solo tiene buenas consecuencias. Un cristiano que se somete voluntariamente a ella es para el gozo de Dios y para el beneficio y bendición de sus compañeros creyentes. Y para sí mismo obtiene el “fruto apacible de justicia” (Hebreos 12:11). Así, la educación del Padre produce una justicia práctica y una paz profunda en comunión con Él.

Der Herr ist nahe

Josías

Un siervo previamente elegido

“He aquí que a la casa de David nacerá un hijo llamado Josías” (1 Reyes 13:2).

«Cuando la hora llega, llega el hombre». Este antiguo proverbio irlandés sigue siendo cierto. Esto se ha comprobado a lo largo de la historia del mundo para bien o para mal. Del mismo modo hay momentos donde Dios levanta a un hombre para cumplir una obra importante en un momento crítico. Es lo que podemos ver en este relato bíblico del Antiguo Testamento y más adelante en la historia de la Iglesia.

Un hombre de Dios profetizó que Dios prepararía a un descendiente de David para destruir el altar idólatra de Jeroboam y quemar sobre él los huesos de los falsos sacerdotes. Esta profecía precisaba hasta el nombre de quien lo cumpliría: ¡un hombre llamado Josías! Y en efecto, 300 años después, todo sucedió exactamente como el hombre de Dios lo había anunciado (2 Reyes 22:16-17; 23:4-16).

En el Nuevo Testamento vemos lo mismo. Pablo dice a los gálatas que Dios le había apartado desde el vientre de su madre. Pero al crecer, fue formado como un hebreo erudito y vino a ser perseguidor de la Iglesia

hasta que Dios le llamó por su gracia (Gálatas 1:15). Aún antes de su nacimiento el ojo de Dios estaba sobre él porque era “un instrumento” que el Señor había “escogido” (Hechos 9:15). Se dijo también respecto al profeta Jeremías que fue santificado y establecido profeta incluso antes de nacer (Jeremías 1:5).

Hacia 1700, el inglés George Whitefield comenzó a predicar en los campos y campiñas inglesas, en una época en la cual la predicación al aire libre era desconocida e incluso considerada como un sacrilegio. ¡Sin embargo, una gran multitud de personas acudieron a Cristo a lo largo del conocido Gran Despertar! Resulta sorprendente que su apellido fuera Whitefield (campo blanco) cuando consideramos lo que dijo el Señor Jesús: “Mirad los campos, porque ya están blancos para la siega” (Juan 4:35). Su apellido anticipaba su vocación. En verdad, Dios conoce a sus siervos antes de llamarlos. Esto nos alienta.

Un reformador

“De ocho años era Josías cuando comenzó a reinar... Este hizo lo recto ante los ojos de Jehová, y anduvo en los caminos de David su padre, sin apartarse a la derecha ni a la izquierda” (2 Crónicas 34:1-2).

El rey Josías fue uno de los reyes más piadosos de la historia del pueblo judío. Desde muy joven

él mostró que estaba decidido a servir al Dios vivo. A sus 16 años, “comenzó a buscar al Dios de David su padre”; a los 20 años “comenzó a limpiar a Judá y a Jerusalén de los lugares altos”; y a los 26 años comenzó a “reparar la casa de Jehová su Dios” (2 Crónicas 34:3, 8). En verdad Josías era un instrumento escogido por Dios. Una profecía había predicho su venida, llamándolo aun por su nombre, aproximadamente 300 años antes de su nacimiento (1 Reyes 13:2).

Josías no solamente purificó a Judá e Israel de la idolatría, restableció la Pascua y reparó el templo, sino que también se aseguró de que el pueblo tomara posición sobre estas cosas (2 Crónicas 34:31-33). Fue una reforma extraordinaria si tenemos en cuenta cuán bajo habían caído en la idolatría numerosos reyes de Judá e Israel. Lamentablemente, este despertar sería el último de la historia de Judá. Los babilonios llegarían y sitiarían Jerusalén algunos años después de la muerte de Josías.

Podemos sacar de esto muchas enseñanzas. Hace unos 200 años, Dios, en su gracia, despertó y utilizó a hombres para avivar considerablemente a la Iglesia. Él se sirvió de estos instrumentos particularmente dotados, a igual como lo había hecho con Josías, para reintroducir en la Iglesia, después de años de negligencia, la Cena del Señor en la simplicidad del Nuevo Testamento. Las

enseñanzas de Pablo presentando lo que es la Iglesia para el Señor, y su venida para tomarla a sí mismo, fueron halladas de nuevo. Para nosotros, como en el tiempo de Josías, Babilonia (imagen de la cristiandad apóstata que abandonó la fe) está muy cerca (Apocalipsis 17:3-6) y los brotes de este abandono ya son visibles. ¿Queremos seguir manteniendo estas verdades, vivirlas y enseñarlas?

B. Reynolds

El cristiano y la familia

(Viene de la página 18 del n° 1/2024)

La vida familiar cristiana

La Palabra de Dios contiene una gran cantidad de consejos para tener una vida familiar bendecida. No solo nos instruye teóricamente, sino que nos presenta muchos ejemplos que nos facilitan llevar una vida familiar conforme a los pensamientos de Dios. Queremos dividir este tema en tres partes y tratar en primer lugar la de los **abuelos**, en segundo lugar la de los **padres** y en tercer lugar la de los **hijos**.

1. Los abuelos

Cuando exploramos la Biblia, encontramos poco que hable directa y específicamente de los abuelos. Vemos algunos principios hermosos e importantes en la historia de Noemí en el libro de Rut. Su comportamiento hacia su nuera Rut, y también hacia Booz y su nieto, sirve para nuestra propia instrucción.

Una primera característica importante que encontramos en Noemí es la **prudencia** hacia su nuera. Esto es evidente, por ejemplo, en el capítulo 2:2 del libro de Rut, donde la iniciativa no procede de Noemí, sino de Rut. Noemí no manda, sino que permanece en un segundo plano y se limita a responder a los pensamientos y preguntas de Rut. Por desgracia, muchos padres no hacen caso de esto. Interfieren activamente en los asuntos familiares de sus hijos casados en lugar de permanecer en un segundo plano. Sin embargo, si los hijos vienen con preguntas, es tarea de los padres, que ahora son abuelos, aconsejarles y ayudarles.

En segundo lugar, vemos que Noemí muestra interés en lo que concierne a Rut. En el capítulo 2:19 hace preguntas con solicitud. No reprende ni critica, sino que simplemente quiere compartir la vida de su nuera.

Después de estos dos comportamientos de tipo general de Noemí,

encontramos también indicaciones muy concretas de su actitud hacia Booz y Rut.

a) Su proceder con Booz: aquí se destacan dos cosas. En el capítulo 2:20 ella habla de él con **respeto** y le da el honor que se merece. En el capítulo 3:18 ella demuestra que tiene plena **confianza en Booz**, su futuro yerno. Ambos rasgos de carácter deberían encontrarse aún hoy en los padres.

b) Su actitud hacia Rut: también aquí nos gustaría señalar dos puntos concretos. En primer lugar, Noemí se gana el amor de su nuera. Esto queda claro en el capítulo 4:15. En segundo lugar, Rut es una sustituta de los hijos que habían fallecido. Con la muerte de sus dos hijos, Noemí sufrió una gran pérdida. La falta de hijos constituía un gran problema para una viuda en Israel. Rut llenó este vacío para Noemí, y por ello ocupaba un lugar especial en su corazón.

c) Su proceder hacia su nieto: en el capítulo 4:16 tenemos una referencia especialmente hermosa. Noemí se preocupa por su nieto. Ella le da **seguridad** y **amor**. Esto también nos habla a nosotros. Los abuelos no tienen normalmente la tarea de criar a sus nietos. Esa es responsabilidad de los padres. Pero todos los abuelos pueden pasar tiempo con sus nietos y darles afecto y seguridad. ¡Felices los niños que están rodeados de sus abuelos de esta manera!

Llegando a este punto, una pequeña sugerencia para las madres. No leemos que Rut apartara al niño de su suegra. Fue al contrario. Dejó al pequeño con ella. Muchas madres pueden aprender algo de esto. No está bien que las madres no dejen que sus hijos se queden con los abuelos creyentes por celos. Tanto los padres como los abuelos deben ocupar el lugar que les corresponde y mostrar una actitud piadosa.

2. Los padres

Amram y Jocabed deben servirnos como ejemplo de padres que educaron a sus hijos según Dios (Éxodo 6:20). Tuvieron tres hijos, todos los cuales fueron útiles en su vida posterior entre el pueblo de Dios y sirvieron a su Dios. Encontramos a esta pareja mencionada en tres lugares más de la Biblia, a saber, en Hebreos 11:23; Hechos 7:20 y en Éxodo 2:1-10. En Hebreos 11, se hace hincapié en lo que ambos padres tienen en **común**, en Hechos 7, la atención se centra en el **padre**, mientras que en Éxodo 2, se hace mención especialmente de las acciones de la **madre**. Dividamos, pues, estos pasajes en tres partes y veamos qué instrucciones encontramos para nosotros.

a) *Los padres juntos (Hebreos 11:23)*

En primer lugar, hay que señalar en general que es sumamente

importante para la crianza de nuestros hijos que los padres actúen como una unidad. Nada es más perjudicial para el desarrollo de los niños que cuando notan que sus padres no están de acuerdo en ciertos puntos de su educación. Los niños lo descubren muy rápidamente porque son observadores agudos. Si han descubierto un punto débil en el padre o en la madre, podemos estar seguros de que explotarán esta debilidad. No es infrecuente que los hijos consigan incluso enfrentar a sus padres entre sí. Por lo tanto, debemos tener mucho cuidado de parecer uno ante nuestros hijos. Por cierto, esta es también una de las razones por las que el divorcio tiene un efecto tan catastrófico en los niños.

El breve relato de Hebreos 11:23 nos muestra tres puntos importantes. En primer lugar, habla de un **peligro** para los niños; en segundo lugar, de la **gracia y el amor del Señor** por ellos; y en tercer lugar, de la **responsabilidad** de los padres.

Moisés estaba en peligro. Los padres conocían la orden del faraón de matar a su hijo. El faraón es una imagen de Satanás. Como padres debemos ser conscientes de que nuestros hijos corren un gran peligro, porque Satanás, el príncipe de este mundo, los quiere para él. Cualquier medio le servirá, así que debemos tener cuidado. Sin embargo, no debemos temer a Satanás, pues el propio Señor Jesús lo venció tanto a él como

al mundo. El que está de nuestro lado es más fuerte que todo lo que está del lado del mundo. El peligro está ahí, pero el Señor puede preservarnos y lo hará.

Amram y Jocabed vieron que el niño era hermoso para ellos, y también para Dios. Está claro que todos los padres encuentran hermosos a sus hijos recién nacidos; pero ¿somos también conscientes de que nuestros hijos son preciosos para Dios? Él ama a nuestros hijos y le gustaría tenerlos para Sí. En Marcos 10:13-16 vemos a nuestro Señor deseando que los pequeños estén con él y tomándolos en sus brazos. Por otra parte, este breve incidente nos muestra que había quienes se interponían en el camino de los niños y querían impedir que se acercaran al Señor Jesús. Los niños suelen estar dispuestos a venir al Señor por sí mismos; pero es un asunto grave cuando nosotros adultos nos interponemos en su camino. El propio comportamiento de los padres puede ser un gran obstáculo para que los niños encuentren su camino hacia el Señor. Recordemos que el Señor quiere a nuestros hijos para tomarlos en sus brazos, para mostrarles toda su gracia y su amor.

Los padres de Moisés también vieron su gran responsabilidad de esconder a su hijo. Egipto con el Nilo es una imagen de este mundo, y es tarea de los padres proteger a

sus hijos de él. Al hacerlo, debemos ser conscientes de que, como hijos de Dios, estamos **en este mundo**, pero no somos **de** este mundo. No debemos dejar que nuestros hijos vayan a él demasiado pronto y, sobre todo, **innecesariamente**. Pronto llegará el momento en que la escuela y el trabajo exijan a nuestros hijos. Pero entonces tendremos la feliz seguridad de que el Padre los preservará (véase Juan 17:15). Nuestra responsabilidad, sin embargo, es no exponerlos innecesaria y voluntariamente a las influencias del mundo.

Al hacerlo, debemos ser conscientes del hecho de que una verdadera separación de este mundo puede significar el **aislamiento** de nuestros hijos, y esto no siempre es fácil. Por lo tanto, como padres, debemos ofrecer a nuestros hijos un sustituto adecuado y prestarles atención. Sin embargo, esta atención, tan importante para los niños, debe practicarse en su justa medida. Demasiada atención puede dar lugar fácilmente a que los niños sean el centro de atención, y eso tampoco es bueno. Los niños también deben poder ocupar su lugar.

b) Los padres (Hechos 7:20)

El padre ocupa un lugar esencial en la familia cristiana. Por eso el Espíritu Santo habla de la “casa de su padre” en Hechos 7. Recibimos instrucciones detalladas

sobre la conducta de los padres en Efesios 6:4, que dice: “Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor”. Tres puntos nos llaman la atención:

En primer lugar, los padres **no deben provocar** la ira de sus hijos. Aquí reside un peligro particular para nosotros los padres, ya que por naturaleza también nos gusta afirmar cierta pretensión de dominio sobre nuestros hijos. La relación entre padres e hijos debe caracterizarse sobre todo por el amor y la calidez. Como padres, aquí debemos tener especial cuidado de no dejarnos llevar por la carne y de no tratar a nuestros hijos de forma incontrolada. Los hijos no son el pararrayos de la ira de los padres, ni siquiera cuando estos llegan a casa cansados y fatigados por la noche. Los niños también son criaturas de Dios y como tales debemos respetarlos.

En Colosenses 3:21, se recuerda a los padres que no deben exasperar a los hijos, es decir, ser un tropiezo. Esto también entraña un peligro. Si regañamos constantemente a nuestros hijos y no pueden complacernos, es fácil que se desanimen y frustren. Además, debemos procurar ser un ejemplo para ellos con nuestro comportamiento y no un obstáculo con el que puedan tropezar.

En segundo lugar, en Efesios 6:4, se insta a los padres a **criar** a

sus hijos. La educación cristiana significa orientar a los hijos en la dirección correcta. Esto requiere comprensión y paciencia. No se debe sobrecargar a los hijos. Los padres deben tener en cuenta la edad del niño. Debemos retar a nuestros hijos, pero al mismo tiempo tener en cuenta su crecimiento natural y espiritual.

En tercer y último lugar, Efesios 6:4 habla de “**disciplina** y **amonestación**”, palabras muy mal vistas en el mundo. Por muy importante que sea orar por nuestros hijos, la oración nunca puede sustituir a la disciplina y la amonestación piadosas. Aquí, disciplina no significa principalmente castigo corporal (de hecho, los padres cristianos no deberían ser «golpeadores» habituales), sino que ella significa poner una barrera clara en el camino de los hijos cuando hacen el mal. En este sentido, la disciplina es algo **negativo**, es decir, tiene que ver con lo que no debe ser. La amonestación (o advertencia; versión francesa J.N.D.), en cambio, es algo **positivo**, porque ella tiene que ver con mostrar a los niños el camino correcto. La disciplina y la amonestación son principios generales con los que Dios nos educa, y deberíamos aplicar los mismos principios al educar a nuestros hijos.

Tengamos cuidado de criar a nuestros hijos para el Señor y no

para este mundo. Los logros y las aspiraciones profesionales en la escuela y el trabajo no son los objetivos más importantes en la vida de nuestros hijos. Lo decisivo es que sean ganados para el Señor.

c) *Las madres*

En Éxodo 2:1-10 encontramos referencias sumamente bellas sobre la madre de Moisés.

En primer lugar, se menciona **la arquilla de juncos** en la que Jocabed colocó a Moisés. Ella reconoció la necesidad de entregar esta arquilla al Nilo. No podía evitar el Nilo, pero aun así protegió a su hijo del Nilo. Hoy no es diferente. Nuestros hijos están en el mundo rodeados de muchos peligros. No podemos sacar a nuestros hijos del mundo, ni podemos evitar los peligros. En este sentido, una lucha contra el mundo está condenada al fracaso desde el principio. El mundo con sus peligros permanecerá.

Sin embargo, también hay una forma de proteger a nuestros hijos. Es (por utilizar una imagen) tarea de toda madre tejer una arquilla en la que los niños estén protegidos. La arquilla en la que yacía Moisés nos recuerda el arca de Noé, que construyó para proteger a su familia del peligro inminente. En relación con 1 Pedro 3:20-22, el arca y, por tanto, también la arquilla nos recuerdan a la persona del Señor Jesús. Solo Él puede preservar a

nuestros hijos. Las madres que tejen una arquilla para sus hijos colocan al Señor Jesús ante el corazón de los niños y manifiestan su misma actitud en la vida cotidiana. Los niños que están todo el día con su madre la observan muy de cerca y se dan cuenta rápidamente de la actitud que muestra ella. En la medida en que la madre viva en comunión con el Señor, los niños se beneficiarán.

La segunda característica importante que menciona Jocabed es que **amamantaba** a su hijo; lo alimentaba con leche materna. Aplicado a nosotros, esto significa que una madre solo puede dar a su hijo lo que hay en su interior. Este principio se aplica tanto en lo natural como en lo espiritual. Las madres que amamantan son muy cuidadosas con lo que comen para que no sea perjudicial para sus bebés. Las madres con mentalidad espiritual procurarán no ocuparse de nada que vaya en detrimento de sus hijos. Al contrario, harán que la persona del Señor Jesús sea grande y preciosa para ellas.

3. Los niños

Por último, fijémonos en el comportamiento de los niños. Nuestros hijos tienen relaciones con sus padres y contactos con el mundo. En cuanto al comportamiento hacia los padres, este debe caracterizarse

por la reverencia y la obediencia. Si los hijos son desobedientes, están obrando mal según Efesios 6:1.

En Hebreos 11:24-26 encontramos importantes indicaciones sobre el comportamiento de nuestros hijos hacia el mundo. Examinémoslas un poco más de cerca. Llega un momento en la vida de todo niño en el que tiene que elegir y decidir por **sí mismo**. Los niños cargan entonces con su propia responsabilidad y deben ellos mismos responder a la pregunta de a quién quieren servir, al Señor o al mundo.

¿Qué nos ofrece el mundo? Se muestra positivamente en lo que nos presenta:

a) Moisés podía convertirse en hijo de la hija del faraón. Así, el mundo ofrece gloria y honor sin decirnos que son efímeros.

b) El mundo ofrece una variedad de tentaciones para pecar. Estas tentaciones pueden ser diferentes para cada uno. Pero recordemos: “El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción” (Gálatas 6:8).

c) El mundo nos ofrece los tesoros de Egipto. Estos tesoros pueden ser materiales, como dinero, casas, coches...; pero también pueden ser bienes no materiales, como el conocimiento y el poder.

Pero no solo el mundo, también el Señor tiene algo que dar:

a) Moisés prefirió sufrir la adversidad con el pueblo de Dios.

Lo que eso significó, lo vemos durante los 40 años en el desierto. Aunque los hermanos y hermanas en la fe no nos parezcan siempre amables, son el pueblo de Dios. **Dios mismo** está presente.

b) Moisés eligió el vituperio de Cristo. Esta es la consecuencia cuando le confesamos por comportamiento, palabra, vestimenta, etc. Pero es **Su vituperio**, es decir, el oprobio que Cristo soportó cuando vivió en esta tierra. Este vituperio hacia Cristo causa una profunda alegría en nuestros corazones.

c) El Señor ofrece una recompensa para el futuro. Aunque el galardón no debe ser el **motivo** de nuestras acciones (sino Su amor), podemos esperarlo como algo que está por venir.

Muchos jóvenes de hoy creen que deben tener a la vez al Señor y al mundo. Pero eso no es posible. Cada uno tiene que decidir personalmente a cuál quiere pertenecer. El «justo medio» no existe.

Que el Señor nos conceda que también en las relaciones terrenales como familia podamos permanecer fieles al Señor con determinación de corazón. Entonces Él estará con nosotros y nos bendecirá.

(Continuará)

El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.

Juan 3:36

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.

Gálatas 2:20

Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias.

Colosenses 4:2

Mirad los campos, porque ya están blancos para la siega.

Juan 4:35

Vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.

Efesios 6:4

Novedad

- **El volumen encuadernado** en rústica de los años 2022-2023 de la revista Creced está disponible. Véase el precio en página siguiente.

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **20 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2022-23. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
